

La construcción de identidad en la adolescencia

El reto de apropiarse de un lugar en el mundo

PAOLA ELIZABETH DE LA CONCEPCIÓN ZAMORA BERGE

Recibido: 15-09-2013, aprobado: 06-11-2013

Resumen

La adolescencia no es sólo una etapa biológica que se inicia con la pubertad, ya que intervienen otros aspectos que construyen la idea de adolescencia, como su relación con la sociedad, que la imagina y la construye. Es pertinente preguntarnos si la adolescencia en nuestros días es un estadio de transición hacia la etapa de construcción, maduración y consolidación de la identidad, o bien un proyecto inconcluso y postergado. ¿Qué posibilidades de proyección, apropiación y sentido de sí mismos pueden tener los adolescentes para construir un ser y estar en el mundo?

Palabras clave: identidad, construcción social, mercado, cultura de consumo.

Abstract

Adolescence is not only a biological stage starting with puberty, since other aspects make up this idea, like its relationship with the society that imagines it and shapes it. It is relevant to ask whether present teenagers go through a transitional stage towards the construction, maturation, and consolidation stage of their identity, or whether adolescence is an unfinished and postponed project. Can teenagers project themselves, get hold of the world, and have a sense of self to build their being in the world?

Keywords: identity, social construction, market, consumption culture.

La adolescencia se ha definido como un estadio de desarrollo personal cuyo inicio está marcado por la pubertad; sin embargo, no tiene exclusivamente una naturaleza biológica, sino también aspectos cognitivos y socioemocionales, lo que implica un conjunto de elementos culturales, sociales, económicos y políticos. Este proceso conduce a considerar el contexto en el que se construye esta etapa de la vida junto con las

interacciones directas, como la familia, la escuela, la comunidad y los acontecimientos ambientales y socio-históricos;¹ de ahí que para comprender su totalidad se requiere acudir a un entramado mucho más complejo.

La adolescencia, como etapa de la vida, es una construcción social más bien reciente. Por ejemplo, en la época medieval, el concepto de adolescencia era inexistente, pues el niño, a edad tem-

APORTES

prana, se educaba en el trabajo como aprendiz, su escuela era la escuela de la vida y por consiguiente los jóvenes tenían un papel activo dentro de su comunidad. Fue hasta el proceso de industrialización y el establecimiento de la familia burguesa cuando se empezó a transformar la idea del niño y del joven, y cuando se extendería la etapa intermedia para hacerla exclusiva de formación escolar a modo de estatus y de proyección de los ideales paternos. Desde el siglo XIX, el papel impuesto por la escuela como formadora y reformadora de la niñez alargó esta etapa tras la cual los jóvenes se insertaban en el mundo laboral después de una prolongada estancia escolar.² A principios del siglo XX se promulgaron leyes que aseguraron la dependencia de los jóvenes, relegándolos a una esfera económica más manejable,³ y después, ya entrado el siglo XX, ocurrieron grandes transformaciones socioculturales que nuevamente resignificaron el papel de la adolescencia en nuestra sociedad. Ése fue el caso de la revolución cultural de los sesenta⁴ hasta la actual *juvenilización* mercadotécnica de nuestros días.⁵

Los estudios sobre la adolescencia son relativamente recientes, y tienen su origen en Stanley Hall, quien planteaba que aquélla era una turbulenta etapa meramente biológica, dominada por conflictos y cambios anímicos,⁶ en la que el individuo se volvía peligroso para sí mismo y los demás.⁷ Esta concepción sigue siendo una de las creencias dominantes en nuestra cultura.

Otra concepción de la adolescencia es aquella que la considera como una transición,⁸ que puede estudiarse desde diversos ángulos, como el psicológico y el sociológico. Es decir, la idea de adolescencia no está al margen de un conjunto de imaginarios colectivos, que concuerdan con un modelo de sociedad. Así, preguntar cómo es que la socie-



Autora: Abigaíl Estrella Medina Mendoza.

dad prescribe, tolera y prohíbe a los adolescentes equivale a decir que construye ciertas referencias de identidad para los jóvenes.⁹

En su aspecto positivo podemos decir que la juventud es la etapa en que se gesta el proyecto de vida personal, es decir, qué hará de su vida mientras se hace a sí mismo, aunque plantearse un proyecto de vida también conlleva una problemática en cuanto a cómo puede lograrlo. Esto implica hacerse de una identidad, una vida individual, pero la cuestión es el cómo o con qué referentes se hace.

De acuerdo con la concepción de los estadios de vida, precisamente en esta etapa es donde comienza la formación y consolidación de la identidad y del rol;¹⁰ es un momento entre la integración de sus identidades infantiles y las oportunidades ofrecidas en los roles sociales

La definición cultural de edad es un factor importante de la identidad del yo, de la percepción de sí en términos de las propias necesidades y aspiraciones psicológicas, del propio lugar en la sociedad y del significado final de la vida.¹¹

En otras palabras, la adolescencia es una etapa durante la cual la personalidad del individuo adquiere el mecanismo psicológico básico de autorregulación y autocontrol, o sea, cuando se cristaliza la identidad de su yo.

Todo esto nos conduce a no soslayar la creencia generalizada de la crisis de identidad en esta etapa, de la cual Erikson señala que el individuo es parcialmente consciente e inconsciente, y añade que es una cualidad de vivir no consciente de sí mismo en una unificación de somatotipo y temperamento, talento y vulnerabilidad, modelos infantiles y prejuicios enraizados, y con elecciones que ya se le han proporcionado, todo ello

dentro de pautas culturales e históricas. También está acosado por la dinámica del conflicto que puede conducir a estados mentales contradictorios y posee su propio periodo evolutivo.¹² La adolescencia es, por lo tanto, un momento clave tanto de la construcción individual y de sus procesos internos como también de un ser que está dentro de una sociedad en la que busca tener un lugar en el mundo.

Si en una sociedad se asignan los roles de acuerdo con la edad, el hecho influye profundamente sobre la medida en que esta última constituye un componente de la identidad de la persona. En tales casos, la juventud se convierte en una fase de transición, definida y significativa dentro de la vida de un individuo, y la naciente identidad del yo adquiere contenido y se relaciona con modelos de roles y valores culturales.¹³

En realidad, la tesis de la “crisis de la adolescencia” tiene una utilidad social, ya que sirve para legitimar el control social que se ejerce sobre el adolescente, manteniéndolo fuera del ámbito de las responsabilidades sociales, debido a su inestabilidad y su malestar. De esta manera, el adulto se niega a tomar en cuenta al adolescente en su singularidad y riqueza; sin embargo, el “adolescente plural” espera un reconocimiento social: lo aguarda, sabe que debe acercarse al mundo si quiere existir con los demás.¹⁴ Por el contrario, lo que la mercadotecnia y la cultura nos hacen ver es un deseo de *juvenilizarlo* en forma permanente, al otorgar un valor supremo a la juventud, por lo que la adolescencia ya no es sólo un estado de transición, sino que se convierte en un estadio prolongado y deseable, puesto que incluso el adulto trata de emular al joven.¹⁵

Esta modalidad ha seguido perpetuándose hasta entrado este siglo, en cuyo sistema econó-

mico, elemento muy relevante, es frecuente que las oportunidades de trabajo sean para quienes, además de cierta escolaridad, cuenten con experiencia. Esto da como resultado que se reduzcan las ofertas de trabajo para los jóvenes, pero también que éstos pasen mucho tiempo de su vida en la escuela. Esto retarda la inserción de los jóvenes en la vida adulta.

Uno de los problemas que al parecer tienen los jóvenes es el carecer de un proyecto de vida fuera de su hogar.

El que los jóvenes permanezcan más tiempo en la casa paterna también implica que asumir ciertas responsabilidades se posterguen; responsabilidades como tener un ingreso económico, contribuir a los gastos familiares o incluso a las tareas del hogar. Esto indica también una sobreprotección por parte de los padres, con miras a una tardía independencia. El problema es que los jóvenes no dejan el nido, no se aventuran a “volar”. Uno de los problemas que al parecer tienen los jóvenes es el carecer de un proyecto de vida fuera de su hogar y de encontrar expectativas reales de desarrollo y crecimiento personales. Es frecuente en nuestros días encontrar jóvenes que han rebasado los 30 años de edad y continúan viviendo en el hogar de sus padres, y, aunque las razones de este fenómeno recaen en las pocas posibilidades económicas para independizarse, lo cierto es que, en el interior de las familias, estos jóvenes siguen reproduciendo el mismo rol y asumiendo las mismas responsabilidades de su etapa adolescente, a modo de una adolescencia perenne.

Por otra parte, la cultura actual parece alimentarse de esta situación en la que los adolescentes, que parecen no encontrar un lugar en el mundo, terminan adquiriendo promesas, estereotipos e ideales conforme los marca el mercado, un mercado dedicado a la parafernalia de los jóvenes, a quien viene bien considerarlos como individuos en búsqueda de identidad, de hacer notar sus diferencias e integrarse socialmente de modo exclusivo con sus pares. Estas características son las que propician un consumo exacerbado de elementos que modifican la cultura de origen por una cultura más allá de las fronteras, que nos atreveríamos a llamar *globalizadora*.

Desde este enfoque, la adolescencia no es una etapa de formación de la propia identidad y de ubicación de su lugar en el mundo, sino que es una panacea de la generación de deseos que sólo se satisfacen momentáneamente a partir del consumo. Las identidades que se generan son creadas por un mercado ávido de clientes por adoptar aquello que le proporcione un sentido de pertenencia y de identidad.¹⁶ Como mencioné en las primeras líneas, y siguiendo a Perinat y a Erikson, la sociedad impone una concepción de adolescente según la cual éste termina adoptando dicha referencia, sin ser capaz de una maduración de la persona de acuerdo con sus propios deseos y proyectos, y sobre todo sin poder tomar las riendas de su propia vida.

Si bien pareciera que la problemática a la que se enfrentan los jóvenes difiere culturalmente, no es del todo inconveniente decir que los adolescentes comparten ciertas problemáticas recurrentes en las grandes urbes, como el consumo de drogas, los embarazos a temprana edad, los actos delictivos, los suicidios o intentos suicidas, etcétera. A estas alturas es inevitable ver las problemáticas que atraviesan los jóvenes y preguntarse las

razones. Como profesores, por ejemplo, resulta alarmante ver la incidencia de lo anterior en la deserción escolar y cómo la percepción de los jóvenes es que la escuela y el aprendizaje escolar no son sus prioridades. Es decir, la escuela y sus contenidos pasan a un segundo término, y es más importante quizá la socialización con sus pares que en ella se da.

Una de las razones probables es el sentido que hoy tiene la escuela en su vida productiva, que al parecer ha dejado de ser garante de una movilidad social o de realización personal. Otro factor probable es el tiempo dedicado a la escuela, que parece desconectada del mundo de la vida y que, sin embargo, nuestro sistema la ha hecho obligatoria para intentar por lo menos conseguir un empleo. Incluso en un momento dado, la escuela puede verse más como una constricción en el desarrollo del joven que como un catalizador de posibilidades.

A esto se añade el trato que los adultos dan a los jóvenes porque, por un lado, no le ofrecen alternativas reales de proyectos, y, por el otro, tampoco parecen enseñarles a conseguirlos o a propiciar la creatividad para que ellos los realicen por sí mismos. La sociedad es muy paternalista porque se intenta resolver los problemas de los jóvenes, tratándolos así como seres incapaces de hacerse cargo de su vida. Pero, además, no sólo se los vuelve incapaces al resolverles sus problemas —pues si los dejáramos hacerlos suyos, serían más dueños de sus actos—, sino que también se les constriñe con prohibiciones que, a decir de Epstein,¹⁷ son más numerosas que las recibidas por reclusos o militares, denotan una doble moral y tienen como consecuencia su infantilización y estigmatización.

Ante ello, cabe entonces preguntarse qué debe hacer la sociedad en general y nosotros como



Autora: Abigaíl Estrella Medina Mendoza.

docentes, en particular. Ésa es la gran tarea que tenemos los adultos, no para darles sino para permitirles un lugar activo y real en este mundo, en el que puedan construir con seguridad y maduración la consolidación de una identidad menos dependiente de los caprichos mercantiles.

Por todo lo anteriormente expuesto, a modo de conclusión se propone considerar que, ante la problemática planteada, es posible construir algunas alternativas desde la escuela. Por ejemplo, si el asunto está en el extendido periodo de maduración que no se consolida en los jóvenes, entonces se trata de propiciar mecanismos para que éstos sean partícipes activos, vean el fruto de su desempeño y se responsabilicen de él. Un aspecto importante de la maduración también lo ofrece la superación de obstáculos y dificultades que brinda con ello seguridad y confianza en las propias capacidades y permite plantearse nuevos retos.

Al respecto cabe precisar que el modelo educativo constructivista parece contemplar aspectos semejantes, como considerar al estudiante como sujeto activo, recurrir a técnicas de aprendizaje con base en problemas o en proyectos que articulan roles y resultados en los que se favorece la responsabilidad y la concreción de logros colectivos.¹⁸ No obstante, hay una objeción importante que puede hacerse a este modelo, y es el hecho de que parte de escenarios cercanos a la cotidianidad del estudiante, pero de manera simulada, lo cual no propicia situaciones reales sino ficticias, con lo cual logra poca eficacia. Debe haber un cambio de enfoque: no se trata de llevar la vida cotidiana al aula, sino la escuela a la vida cotidiana. Es decir, conducir las actividades escolares a la comunidad en la que se desenvuelve el estudiante, por una parte, y, por la otra, promover las interacciones grupales fuera del aula y con un enfoque interdisciplinario, llevar lo académico a lo extra académico, considerar que la escuela debe preparar para la vida en primer lugar, y después, de modo específico, para las áreas profesionales.

Por otra parte, si los adolescentes en general son susceptibles de manipulación de su identidad

por una sociedad de consumo, es probable que, a la par de la seducción que aquella propicia, no haya el suficiente anclaje o arraigo en otras formas de hacer comunidad. Es posible inferir que esta perspectiva puede cambiar cuando el joven sea capaz de ver y experimentar otras realidades, otros contextos; por ejemplo, el contraste que representa

Un aspecto importante
de la maduración también
lo ofrece la superación
de obstáculos y dificultades.

la vida en una gran urbe y la vida rural, la vida de consumo desde un centro comercial en contraposición con el mundo fabril, y cobrar conciencia de ello; cuando sea capaz de ver el deterioro ambiental no sólo por las campañas publicitarias o los artículos científicos, sino cuando él mismo pueda observar y vivir la experiencia que implica el cuidado del medio ambiente. Es decir, si en algo puede contribuir un enfoque desde la escuela para la vida comunitaria, es muy útil servirse del método de servicio en contextos comunitarios.¹⁹

Se trata entonces de que el estudiante no sea sólo un sujeto receptivo a influencias externas para construir su identidad, sino que se considere un sujeto valioso que puede aportar a los otros, y con ello tener un sentido a partir de lo que puede brindar su conocimiento y participación en su vida cotidiana, social y comunitaria.

El enfoque planteado incluye a todas las disciplinas escolares, pues considera que el mundo de la vida es un complejo entramado interdisciplinario para abordar problemas, brindar soluciones, comprender la realidad, así como hacer frente a la in-

certidumbre.²⁰ En este sentido, se trata de articular desde la escuela proyectos que recurran a conocimientos y prácticas interdisciplinarias y que trasciendan el ámbito escolar. En otros términos, hay que pensar en intervenciones en las que la escuela salga del aula y en las que el estudiante considere que lo que ahí aprende repercute, a partir de él, en su vida cotidiana y en su comunidad.

En resumen, se trata de hacer responsables a los jóvenes de su estar en el mundo, como personas capaces de aprender para hacer y que su hacer es valioso para otros y, por lo tanto, para ellos mismos. Se trata de que construyan una identidad no fundada en los deseos o imaginarios de la apariencia, como lo hace la mercadotecnia, sino en acciones reales, efectivas, en las que aprender sea un gusto y una necesidad para hacerse personas con base en la relación con los otros y con el mundo mediante sus aportaciones; una identidad en la que crecer sea un desafío pero también el gran logro adolescente.

Notas

1. John Santrock, *Adolescencia*, pág. 37.
2. Adolfo Perinat, *Los adolescentes en el siglo XXI*, págs. 25-49.
3. John Santrock, *op. cit.*, pág. 6.
4. Herbert Marcuse, *La protesta juvenil*, págs.9-11.
5. Zygmunt Bauman, *Vida de consumo*, págs. 77-113.
6. John Santrock, *op. cit.*, pág. 5.
7. Michel Fize, *Los adolescentes*, pág. 15.
8. Adolfo Perinat, *op. cit.*, pág. 21. Véase también Michel Fize, *¿Adolescencia en crisis?: Por el derecho al reconocimiento social*, pág. 17, y John Santrock, *op. cit.*, pág. 17.
9. Adolfo Perinat, *op. cit.*, pág. 21.
10. Erik H. Erikson, *Infancia y sociedad*, pág. 235.
11. Robert Epstein, *The Case against Adolescence: Rediscovering the Adult in every Teen*, p. 69.
12. Erik Erikson, *Sociedad y adolescencia*, pág. 13.
13. Robert Epstein, *op. cit.*, págs. 73 y 77.
14. Michel Fize, *op. cit.*, pág. 128.
15. Gerardo Castillo, *Cautivos en la adolescencia*, p. 60.
16. Zygmunt Bauman, *Vida de consumo*, p. 82.
17. Robert Epstein, *op. cit.*, págs. 7, 10 y 15.

18. Frida Díaz, *Enseñanza situada, vínculo entre la escuela y la vida*, págs. 28-95.
19. *Ibid.*, págs. 97-124.
20. Una referencia clara de un enfoque interdisciplinario para abordar esta complejidad lo encontramos en Edgar Morin, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, págs. 13-16.

Bibliografía

BAUMAN, Zygmunt, *Vida de consumo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

BOLINCHES, Antoni, *Peter Pan puede crecer*, Barcelona, Grijalbo, 2010. Consultado en línea el 15 de septiembre de 2013 en http://www.librerianorma.com/images/dinamicas/capitulos/PETER_PAN_PUEDE_CRECER.pdf

CASTILLO, Gerardo, *Cautivos en la adolescencia*, Barcelona, Oikos-Tau, 2000.

DÍAZ BARRIGA, Frida, *Enseñanza situada, vínculo entre la escuela y la vida*, México, McGraw-Hill, 2006.

EPSTEIN, Robert, *The Case against Adolescence: Rediscovering the Adult in every Teen*, Sanger, California, Quill Driver Books, 2007.

ERIKSON, Erik H., *La juventud en el mundo moderno*, Buenos Aires, Paidós, 1969

———, *Sociedad y adolescencia*, México, Siglo XXI, 1972.

———, *Infancia y sociedad*, Buenos Aires, Paidós, 1978.

FIZE, Michel. *¿Adolescencia en crisis?: Por el derecho al reconocimiento social*, México, Siglo XXI, 2001.

———, *Los adolescentes*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

MARCUSE, Hebert, *La protesta juvenil*, Barcelona, Salvat, 1973.

MORENO, Amparo, y Cristina del Barrio, *La experiencia adolescente: a la búsqueda de un lugar en el mundo (Psicología Cognitiva y Educación)*, Buenos Aires, Aique, 2000.

MORIN, Edgar *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, s/l, Unesco, 1999.

PERINAT, Adolfo, *Los adolescentes en el siglo XXI*, Barcelona, Ed. UOC, 2003.

SANTROCK, John, *Adolescencia*, Madrid, Mc Graw-Hill Higher Education, 2001.